

circunstancias de la Encarnacion. La fe ahuyenta los temores que nos turban, è introduce en nuestros corazones una santa confianza, por la qual nos atrevemos à acercarnos al trono de su Padre, y à implorar su socorro. Por esto os ruego con todo mi corazon, no os acobardeis aunque me veais reducido al estado mas miserable. Yo padezco por haberos predicado la verdad; y así, en vez de sonrojarnos de mis tribulaciones y persecuciones, os debéis gloriar y tener à mucho honor que vuestro Maestro sea digno de padecer por el nombre de Jesuchristo. Por tanto me arrodillo continuamente delante de Dios, que es Padre de Jesuchristo por una generacion eterna, y Padre de los Angeles y de los hombres por la creacion y adopcion, para que derrame en nuestras almas las riquezas de su gloria, fortifique nuestro interior por el poder del Espiritu Santo, nos dé una nueva vida, y haga que Jesuchristo habite en nuestros corazones por una fe sincera è incorruptible. Yo le ruego ardentemente que os dé una caridad sólida, sin la qual en vano se cree en él, y que eche en vuestras almas unas raíces tan profundas, que podais comprehender con todos los Profetas, los Apostoles y los fieles que están en el Cielo y en la tierra, la inmensidad de las gracias que nos ha traído la Encarnacion. Y para que sepais su latitud, os digo que se extienden sobre todos los hombres: por su longitud nos han estado preparadas desde la eternidad: por su profundidad nos han sacado de los abismos del infierno; y por su altura se elevan hasta los Cielos, en donde aplacan la ira divina, y abren su entrada à los hombres que estaban desterrados de ellos. Jamás podria nuestro espíritu conocer perfectamente la grandeza del amor de Je-

Jesuchristo, que quiso baxar de su trono para hacernos subir à nosotros: quiso despojarse de su magestad para colmarnos à nosotros de sus gracias, ilustrar nuestro entendimiento, y reformar nuestra voluntad. Pero no tenemos nosotros cosa alguna que lo pueda merecer, ni con que corresponder à su bondad. Ademas de los favores que le pedimos, puede, con aquel poder que es el principio de todas nuestras buenas obras, darnos tambien todas aquellas que no le pedimos, y que no sabremos comprehender. Pues dé la Iglesia la gloria al Eterno Padre en su Hijo Jesuchristo por todos los siglos de los siglos. Amen.

CAPITULO IV.

ARGUMENTO.

EN este capitulo exhorta à los Efesios à que mantengan una perfecta union. Lo primero, porque todos los Christianos son un solo cuerpo, cuya alma es Jesuchristo. Lo segundo, porque todos son llamados à una misma herencia. Lo tercero, porque todos tienen un mismo Señor, ni hay mas que una fe, y un Bautismo. Lo quarto, porque todos son hijos de un mismo Padre. Lo quinto, porque subiendo Jesuchristo al Cielo dio à cada uno las gracias necesarias con que debe estar contento. Despues da la razon por que ha querido Jesuchristo que en su Iglesia unos fueran Apostoles, otros Profetas, otros Evangelistas, y otros Doctores y Pastores. Ultimamente los exhorta à que dexen el hombre viejo, esto es, à mudar de vida, à evitar la mentira, el enfiado, el odio, el hurto, la avaricia, las palabras y obras deshonestas; y por ultimo à que tengan siempre presente el exemplo de Jesuchristo, que quiso morir por los que le habian ofendido.

PARÁFRASIS.

Y ASI, hermanos míos, os ruego por el cuidado y solicitud que debéis tener por vuestra salvacion, y por las cadenas y prisiones que sufro por amor de Jesuchristo, que vuestra vida corresponda à la santidad de vuestra vocacion, à las gracias que recibis en este mundo, y à los premios que os están prometidos en el otro. Sed humildes, mansos, suaves, afables y pacientes: sufríos mutuamente vuestros defectos, y procurad sobre todo conservar entre vosotros una perfecta union de espíritu, y no romper jamás aquel vinculo de paz, que debería ser indisoluble; de tal suerte, que deis à entender que sois un solo cuerpo animado de un mismo espíritu. Vosotros estais obligados à esta union, porque todos juntos componeis la Iglesia, siendo un mismo espíritu el origen de las gracias que cada uno logra; y porque todos sois llamados à la misma herencia. No hay mas que un Señor para unos y para otros, ni mas que una fe, por la qual todos vienen à ser sus hijos, ni mas que un Bautismo que sufoca todos sus pecados. No hay mas que un solo Dios, que es el Padre de todos los hombres. El está elevado sobre todas las cosas con su Imperio: está en todas las cosas con su providencia y con su inmensidad, y está presente especialmente en nuestras almas por la justificacion que obra en ellas. Pero sin embargo de no ser iguales las gracias que Jesuchristo da à los suyos, esta diversidad no rompe la unidad de su cuerpo, ni nos podemos quejar de esta desigualdad. Viendo David en espíritu esta liberalidad que Jesuchristo habia de usar con nosotros, dice que subiendo

al

al Cielo llevó la esclavitud en triunfo, esto es, los hombres que habia librado del imperio de la muerte: que les hizo liberalidades, y que les dió los dones y bienes que habia recibido para ellos. De su subida debemos inferir, que primero baxó à las partes inferiores de la tierra, en donde tantos Patriarcas y Profetas esperaban su venida. Por lo qual, hermanos míos, si quereis ser elevados como él, es preciso que os humilleis y baxeis, considerando vuestra miseria y la necesidad de su auxilio. El baxó antes de subir al Cielo para que se verificasen los oráculos de la Escritura que lo habian profetizado, y para terminar la obra de nuestra redencion. Pero sin embargo de estar la Iglesia privada de su presencia visible, no dexa de sentir continuamente las pruebas de su amor y de su gobierno. El es siempre su Cabeza, y ordenó con su providencia que se compusiese de Apostoles, de Profetas, de Evangelistas, de Pastores y de Doctores; para que todos trabajasen como debian en las funciones de su ministerio, para que los fieles, à cuya instruccion estaban destinados, llegasen à una santidad perfecta; y para que este cuerpo místico, cuya Cabeza es, y este edificio admirable, de quien es la piedra angular, subsistiese y se acrecentase de día en día. Estos diferentes grados subsistirán en la Iglesia hasta que todos los hombres lleguen à la profesion de una misma fe, para que asi como Jesuchristo llegó à la edad mas robusta del hombre, sea tambien tan solido y perfecto, como puede ser, el conocimiento que tengamos de él. No solo para esto, sino tambien para que nuestras almas no permanezcan siempre en la flaqueza è insubsistencia de niños, ni inciertos en nuestra fe, ni nos dexemos llevar de qualquiera viento de doc-

T

tri-

trina nueva, y podamos defendernos de las sutilezas y sofismas de la malicia de los que pretenden engañarnos con sus artificios, y hacernos caer en el error. En una palabra, para que juntemos à la sincera profesion de la verdad una caridad ardiente, sin ficcion alguna, adelantandonos diariamente en toda suerte de virtud. Vaya un exemplo. Asi como los miembros que están unidos entre sí, reciben del celebro la influencia de sus espíritus para cumplir sus funciones, de lo qual resulta la perfeccion y la conservacion de todo el cuerpo; así estando los fieles unidos entre sí por diversos ministerios, cada qual recibe de Jesuchristo, que es la Cabeza de este cuerpo místico, las gracias necesarias para cumplir exáctamente el ministerio à que ha sido llamado, llegando la Iglesia por esta diversidad à su perfeccion y al acrecentamiento que debe tener. Pues ya que teneis el honor de ser miembros de un cuerpo tan sagrado, debeis procurar no hacer jamás obra alguna indigna de él. Yo os suplico por nuestro Señor Jesuchristo, à quien llamo por testigo, que no camineis mas como los Gentiles por los caminos de la iniquidad y del orgullo. No hay que maravillarse de que aquellos cuyas almas están ciegas por la idolatría, y tan sordos à las inspiraciones divinas que ya no sienten sus males, ni creen en recompensa, ni en castigo despues de muertos, tengan una vida totalmente contraria à la vida santa à que Dios los obliga; y que obedeciendo à sus pasiones se hayan sumergido en la impudicia: que se hayan ensuciado con toda suerte de incontinencia, y ardan de una envidia insaciable de los bienes ajenos, y de una sed mortal de los deleites. Pero vosotros habeis aprendido máximas muy contrarias à estas en la es-

cuc-

cuela de Jesuchristo, en donde os ha enseñado este divino Maestro, que es la verdad increada y la justicia eterna, à despojaros, para agradarle, del hombre viejo, esto es, de las inclinaciones que tiran al mal: à que reformeis el apetito corrompido de donde se originan tantos errores, y en donde se forman tantos desordenes: que os sujeteis à las leyes de la razon, renoveis el espíritu, y os revistais de aquel hombre nuevo, que fué criado segun Dios en la santidad, en la verdad y en la justicia, esto es, que vivais en adelante santamente; que aborrezcais la mentira, cuyo padre es el diablo; y que quando habeis à vuestro próximo, hagais que vuestra lengua concuerde con vuestro corazon. Pensad que siendo miembros de un mismo cuerpo, como os he dicho diversas veces, estais obligados à no engañaros el uno al otro. Si os enfadais con alguno, resistid al instante à esta pasion en su nacimiento, para que no tome fuerza, de suerte que se haya disipado al ponerse el sol, para no dar ocasion al diablo à que fomente en vosotros el deseo de la venganza. El que robaba, no robe mas, sino apliquese à algun oficio para ganar con sus manos con qué socorrer à sus necesidades y las de los pobres. Procurad que nadie os oiga proferir ninguna palabra deshonesta, sino haced, por el contrario, que todas vuestras conversaciones edifiquen à quien os oye. No contristéis con vuestra ingratitud al Espíritu Santo, que os marcó por suyos con el sello de sus gracias, quando recibisteis el Bautismo, y os sacó de la esclavitud del pecado. Tened el espíritu suave, manso y agradable: no os aireis con ninguno con el pretexto de haber sido injuriados; porque de esto procede la aspereza del espíritu, la cólera, el des-

T 2

vio

vio del corazón, las palabras injuriosas y las blasfemias. Sed benignos y misericordiosos, y perdonad fácilmente, así como Dios perdonó à todos los hombres quando su Hijo Jesuchristo fué inmolado sobre la Cruz por nuestra salud.

CAPITULO V.

ARGUMENTO.

EN este capítulo enseña lo mismo à los Efesios, y les dice que no está el Cielo destinado para los fornicarios, ni para los avarientos, ni para los idólatras; y que siendo hijos de la luz, no pueden hacer obras oscuras, debiendo ser su vida una lección para los infieles: que deben estar siempre alerta, y emplear el tiempo en obras buenas. Les aconseja à que eviten los convites en que reina el luxo, à que sean moderados en el vino, y à que frequenten los Agapas, en donde mas se piensa en sustentar el alma que el cuerpo. Al fin habla del respeto que la muger debe tener à su marido, y del amor que debe tener el marido à su muger, lo que prueba con la comparacion de Jesuchristo con la Iglesia.

PARÁFRASIS.

ME sobra la razon para proponeros à Dios por vuestro exemplo, porque siendo él vuestro Padre, y vosotros sus hijos, lo debéis imitar, no pudiendo tener por otra parte mejor modelo: por lo qual os debéis amar reciprocamente; pero con un amor sincero, como Christo nos amó, y se ofreció en oblacion olorosa, y en holocausto de suavidad à su Padre Eterno. No solo os prohibo caer en la fornicacion y en los deleytes deshonestos, y el que seais

ava-

avarientos, sino tambien que se hable de estos delitos entre vosotros, que estais obligados à vivir santamente. Sean puros vuestros labios y vuestro corazón; y en vez de proferir palabras deshonestas, ò de tener conversaciones necias è inútiles, ò pasar el tiempo en bufonadas contrarias à vuestra vocacion, no se oiga salir de vuestra boca sino alabanzas y acciones de gracias à la Divinidad. Pues debéis saber que el Reyno de Dios no está destinado para los fornicarios, ni para los inmundos, ni para los avarientos, que se pueden llamar idólatras por colocar toda su confianza en su dinero, como hacen los Gentiles en sus ídolos, no atreviéndose à tocarlos, ni à servirse de ellos como si fueran una cosa sagrada. No os dexéis engañar por las palabras de aquellos que os quieren persuadir que las obras buenas no son necesarias para conseguir y ganar el Cielo, y que basta creer en Jesuchristo y ser bautizados en su nombre. Pues las obras malas, contra las cuales os he hablado, hacen baxar el fuego de su colera sobre los hombres ingratos y desobedientes. No comuniquéis con ellos, ni seais participantes de sus obras perversas. En otro tiempo erais vosotros tinieblas; mas ahora sois luz en el Señor: es decir, que el Evangelio ha ahuyentado de vuestras almas la noche funesta del pecado, y de la ignorancia que os habia cegado. Por lo qual debéis hacer obras dignas de la luz que habeis recibido. Vosotros produciréis los frutos de esta luz, si fueren verdaderamente buenas y no aparentes todas vuestras obras, y si fuérais justos con vuestro prójimo, y no hablaseis contra la verdad, y si no pensais sino en procurar los medios con que haceros agradables à Dios. No participéis de las obras de las tinieblas, que no produ-

T 3

cen

cen sino un triste y esteril arrepentimiento. No basta reprehenderlos con palabras, sino es preciso, además de esto, que vuestras obras los instruyan, y que la pureza de vuestra vida sea una censura muda de sus abominables delitos que cometen secretamente, de los cuales no se puede hablar sin vergüenza. Asi como la claridad del dia hace ver las cosas que la noche ocultaba, asimismo los rayos de vuestra santidad les descubrirán las tinieblas de los pecados que no conocen por la ignorancia en que están sumergidos: y de esta suerte, de tenebrosas que son sus almas, se harán resplandecientes. ¡Pobre de aquel que ha caído en un sueño mortal! Despiertate, sal del sepulcro, abre los ojos, y Jesuchristo, que es el verdadero sol de los corazones, empezará à resplandecer en tí, y à iluminarte. Hermanos míos muy amados, no camineis en este mundo como insensatos que nada comprehenden, ni nada preven; sino como personas discretas y prudentes, que están siempre sobre sí, y no se dexan sorprehender. Aprovechad el tiempo, que es muy breve: recobradlo, y haced buen uso de él, porque es general el contagio de los vicios, no encontrandose sobre la tierra sino engaño, falsedad y malicia. No querais saber la prudencia del siglo, sino aquella que enseña à hacer la voluntad de Dios, que es la unica por la qual debeis anhelar. Si bebeis vino, sea con sobriedad y sin embriagarse: pues el vino es un enemigo poderoso, que enciende la concupiscencia, hace estúpida al alma, y nos conduce à toda especie de disolucion; sino por el contrario, procurad llenaros del Espiritu Santo, freqüentando los convites en que podais pasar con vuestros hermanos en conversaciones santas, cantando himnos, salmos y cánticos

espirituales en alabanza de Dios; pero haciendolo con el corazon, y no solo con los labios. Dadle gracias por lo mucho que ha hecho à cada uno en particular, y à toda la Iglesia por medio de Jesuchristo. El es vuestro primer Señor; pero habiendo dispuesto su providencia que tengais otros en este mundo, obedecedles tambien para conformaros con su voluntad. Respeten y obedezcan las mugeres à sus maridos como al Señor, cuya autoridad representan respecto de ellas. El hombre es la cabeza de la muger, como Christo es la cabeza de la Iglesia, cuerpo admirable à quien él da la vida y el movimiento, y es su Salvador. Luego así como la Iglesia está sujeta à Jesuchristo, es preciso que las mugeres estén sujetas en todas las cosas à sus esposos. Y vosotros, maridos, amad à vuestras mugeres, no con un afecto comun y ordinario, sino santamente, y con el mismo afecto è intencion con que Jesuchristo amó à su Iglesia. Y que así como murió por ella para santificarla y purgarla con el agua del Bautismo y con la palabra de la vida, esto es, con la fe del Evangelio que obra por caridad, para hacerla grata à sus ojos, y no tuviese ni mancha, ni arruga en su cara, quiero decir, para que los corazones de los fieles que la componen fuesen puros y sin mancha; así tambien los maridos deben amar à sus mugeres, y procurar reformar y pulir sus costumbres. Las deben amar como à sus propios cuerpos; pues hay entre ellos un vinculo tan estrecho, que amar à las mugeres es lo mismo que amarse à sí mismos. Ninguno ha aborrecido jamás à su cuerpo; antes bien por el contrario, lo conserva, alimenta y cuida; y à esto mismo está obligado el marido respecto de su muger, pues siendo parte de sí mismo, la de-

be conservar, defenderla, cuidarla y asistirla, como hace Christo con su Iglesia, que es carne de su carne, y hueso de sus huesos, habiendo salido de su costado quando fué abierto por la lanza, lo qual estaba figurado en Eva, que fué sacada de la costilla de Adan. Hablando Dios de las mugeres dixo así: *El hombre dexará à su padre y à su madre para unirse con su muger, y serán dos en una misma carne; pues este Sacramento no consiste en una pura union carnal, sino que ademas de haber sido instituido por Dios, es el símbolo de la union de la naturaleza divina con la humana, y de Jesuchristo con su Iglesia. Por lo qual os digo, hermanos mios, que el matrimonio es un misterio admirable, y un gran Sacramento en Jesuchristo y en su Iglesia. Ame, pues, cada uno à su muger como à sí mismo. Y que así como la Iglesia teme, respeta y obedece à Jesuchristo, estén tambien las mugeres sujetas à sus maridos, los reverencien, los respeten y los teman.*

CAPITULO VI.

ARGUMENTO.

EN este capitulo enseña cómo se deben portar los hijos con sus padres, y cómo deben estos gobernar y criar à sus hijos: cómo los amos con los criados, y estos con sus amos. Dice despues, que la vida es una guerra, y que los demonios son nuestros enemigos: arma despues espiritualmente al Christiano, y le da por adorno de su cabeza la esperanza de salvarse, por coraza à la justicia, por escudo à la fe, por espada la palabra de Dios, por cingulo la pureza, y por calzado la resolucion de predicar constantemente y sin temor el Evangelio de Jesuchristo. Despues los exhorta à que rue-

guen por todos los fieles, y particularmente por él, para que Dios le dé la gracia de sufrir las prisiones en que se hallaba, y todos los demas trabajos que le podrian sobrevenir. Concluye con desear, como acostumbra, la gracia y la paz divina à todos quantos amen à Jesuchristo.

PARÁFRASIS.

Hijos, obedeced à vuestros padres carnales, pues representan à vuestro Padre Celestial, que toma parte en el respeto que les teneis. Hacedles todos los servicios imaginables; porque entre los mandamientos del Decálogo, el de honrar al padre y à la madre lleva consigo la recompensa de los bienes temporales y una vida larga. Por lo qual se comprehende quan agradable es à Dios su observancia, quando no quiere diferir su recompensa para el otro mundo. Pero vosotros, padres, guardaos de provocar à ira, ni irritar à vuestros hijos no mostrandoles el afecto que les debéis, ò castigandolos con demasiado rigor; mas no sea tampoco de impedimento el afecto paternal, para que los eduqueis en una santa disciplina y en el temor de Dios. Siervos, obedeced à vuestros dueños temporales con temor y respeto, y servidles en lo que estais obligados con sencillez de corazon y con gusto, y no en apariencia, porque representan, respecto de vosotros, la persona de Jesuchristo. Les habeis de servir no solo por conseguir su gracia, ò quando os ven, pues esto no es propio de Christianos, sino con sinceridad y con afecto, para que os diferencieis de los esclavos que no son Christianos, los quales todo lo hacen solo por cumplir y por temor. Dios ha querido colocarnos en el estado de servidumbre, y por tanto es

preciso que os sometais à su voluntad, y obedezcais à vuestros dueños como à él mismo, creyendo firmemente que recompensa y premia todas las buenas obras, sin atender à que quien las hace es amo, criado, libre ò esclavo. Pero vosotros, dueños, no creais que os sea lícito el maltratar à vuestros criados: excusad las faltas que cometan en serviros. No les mostréis siempre un rostro aspero y ayrado, ni los atemoriceis con amenazas. Considerad finalmente, que son Christianos y hermanos nuestros, y que tanto ellos como vosotros servis al mismo Señor, que en la distribucion de los premios ò castigos no hace diferencia de personas. En quanto à lo demas, hermanos mios (pues ahora hablo à todos), tened siempre buena esperanza en el Señor, y fortificaos en la fe. Mientras estais en este mundo estais en guerra, por lo qual vestios de las armas de Dios para defenderos del diablo, porque à falta de fuerzas se vale de las astucias, y à veces pone en práctica unas y otras. Si no tuvieramos otros enemigos sino los hombres compuestos de carne y sangre, no sería difícil el vencerlos, mas debemos combatir contra los Principados y Potestades del infierno, esto es, contra los demonios que reynan en las tinieblas de este mundo, es à saber, sobre los pecadores. Por lo qual, tomad todas las armas de Dios para que podais resistir à vuestros enemigos en los malos dias de esta vida, en que estais expuestos à sus esfuerzos y engaños. Fortificad las virtudes debilitadas por los pecados, y procurad llegar à la perfeccion en todas las cosas. Ceñid vuestros lados con la verdad, y tomad por coraza una vida perfectamente santa y virtuosa. Sed fieles en el servicio de Dios y sinceros con vuestro próximo. Sea el calzado de vuestros pies la pre-

preparacion del Evangelio de la paz, quiero decir, estad siempre dispuestos no solo para hacer lo que manda el Evangelio, sino tambien para predicarlo sin temor. Servios, sobre todo, del escudo impenetrable de la fe para rebatir las tentaciones, así carnales, como espirituales, que despide contra vosotros vuestro cruel y maligno enemigo, como otros tantos dardos encendidos y envenenados. Armad vuestra cabeza con el yelmo de una esperanza firme en Jesuchristo, y sea vuestra espada espiritual la palabra de Dios, que penetra qualquiera armadura, y ninguna cosa la puede romper ni falsificar. Armados así, no teneis otra cosa que hacer sino rogar amorosamente à la bondad divina que os sea favorable. Pues es preciso que vuestra oracion sea fervorosa y continuada, y que vuestras súplicas se hagan con el corazon, y no con los labios, sin cansarse jamás de pedir gracias. No pidais solamente por vosotros, sino por todos los fieles Christianos, y particularmente por mí, para que se me conceda la gracia de predicar con fortaleza los misterios de su Evangelio, y para que la violencia de los tormentos no me acobarde: ni me impida el predicar sus grandezas, el verme, aunque Embaxador suyo, estrechado con las cadenas y despreciado. Nuestro amado hermano Tichico, y nuestro compañero en la obra del Señor, os informará muy particularmente de todo lo perteneciente al estado en que me hallo. Yo os lo he enviado de proposito para que os consuele en la pena que os puede causar mi prision. Os deseo la santa paz, y que os adelantéis de dia en dia en virtudes; que vuestra caridad y fe se aumenten, y que la gracia permanezca siempre en el corazon de todos los que aman constante y verdaderamente à Jesuchristo. Amen.